



Es difícil hablar con los árboles. No somos muy charlatanes.

Con esto no quiero decir que no podamos hacer cosas asombrosas, cosas que probablemente ustedes no harán nunca. Cobijar lechuzas jóvenes y aterciopeladas. Sustener fortalezas endeblés en nuestras ramas. Hacer fotosíntesis.

Pero ¿hablar con la gente? No mucho.

Y ni se les ocurra intentar que un árbol cuente un buen chiste.



Los árboles sí hablan con algunas personas, aquellas en las cuales sabemos que podemos confiar. Hablamos con ardillas temerarias. Hablamos con gusanos trabajadores. Hablamos con mariposas llamativas y polillas vergonzosas.

¿Los pájaros? Son encantadores. ¿Las ranas? Malhumoradas pero de buen corazón. ¿Las serpientes? Terribles chismosas.

¿Los árboles? Nunca conocí a uno que no me gustara.

Bueno, sí. Está ese sicomoro de la esquina. Se pasa el día puro blablablá.

Entonces, ¿alguna vez les hablamos a las personas? ¿Lo que se dice *hablar*, la habilidad más personal de las personas?

Buena pregunta. Después de todo, los árboles tienen una relación más bien complicada con los seres humanos. En un momento nos abrazan. Y al siguiente nos convierten en mesas y palitos de helados.

Tal vez se estén preguntando por qué no se ha tratado en la clase de ciencias el hecho de que los árboles hablen, durante esas lecciones de *La madre naturaleza es nuestra amiga*.

No culpen a sus profesores. Es probable que no sepan que los árboles pueden hablar. La mayoría de la gente no lo sabe.

No obstante, si se encontraran cerca de un árbol de aspecto particularmente amistoso en un día en que se sientan particularmente afortunados, no pierden nada con prestar atención.

Los árboles no sabemos contar chistes.

Pero desde luego que sabemos contar historias.

Y si lo único que escuchan es el rumor de las hojas, no se preocupen. La mayoría de los árboles son introvertidos de alma.



